

Guillermo Koenenkampf

Cuento en la noche



IBAMOS caminando por el borde del barranco bajo la luz espectral de las estrellas, abismados ambos en no sé qué oscuros pensamientos. Digo caminando; pero en verdad no caminábamos ni tenía nuestro paseo esa continuidad armónica que el espíritu en regocijo le comunica a nuestros actos.

Abajo, en la lóbrega lejanía, las luces de la ciudad eran infinitos e inútiles ojos de ciego abiertos hacia la noche. Yo iba atento ahora, más que a la conversación, intermitente y apagada como nuestros pasos, de mi amigo Villemín, a los pasos mismos de mi amigo, a su actitud remisa a las sugerencias oportunas. Al revés de las recientes noches anteriores, en las que una agitación constante avivaba sus músculos y sus pensamientos, mientras fumaba de una manera desesperada, esta noche, una dejadez insuperable parecía entorpecerle los movimientos y las palabras. Hundía de vez en cuando las manos en los bolsillos, y cuando yo creía que, como siempre, iba a sacar un cigarrillo y chuparlo con pasión, las dejaba caer de nuevo olvidadas y vacías a lo largo de su cuerpo. Al fin se quedó en una vuelta del camino, mirando inmóvil y ausente de mi presencia, quizá qué cosa que sus ojos no veían. Me alarmó entonces su inmovilidad obstinada, e iba ya a sacudirle de un brazo, cuando él, alargándome pre-

cisamente un brazo en las sombras, hizo un inconsciente ademán de pedirme un cigarro.

Le dí uno y se lo encendí con presta solicitud. La luz fugitiva de la llamita parpadeó un instante en sus ojos apagados, que brillaron al cabo extrañamente. Dió tres o cuatro chupadas, y un suspiro largo ensanchó sus pulmones. Aproveché en decirle:

—¿Por qué no fumabas, pues? ¿No tenías cigarrillos?

Esperó el eco de mi voz para al fin contestarme:

—No; no tenía, es cierto. Pero, no importa; ni sabía que no tenía...

Su voz parecía extraña y como sin eco. O mejor, era acaso sólo el eco de su voz, el que me hablaba. Mientras chupaba y chupaba, sus espaldas fueron alzándose aliviadas de algún peso inmaterial, sus miradas brillaron con un más claro fulgor en el fondo de su rostro obscurecido, y una mueca gentil excusó en sus labios la inútil palabra. Respeté un instante su silencio, a al fin le dije, suavemente:

—Amigo, amigo mío...

—«Amigo», «amigo mío»... —me contestó Villemín—. Sí, amigo tuyo... ¡Ah, es que tengo «un amigo», y lo había olvidado también!...

Calló unos segundos, volviéndose hacia mí. Yo le miré a mi vez, largamente, en la penumbra, y vi que en su rostro se iba abriendo, poco a poco, la flor de la sinceridad. Esperé el momento para cogerla, y repetí entonces con hondo acento imperativo:

—¡Villemín, soy tu amigo!

Estrechó en silencio la mano que le tendía; se inquietó un tanto, moviéndose y rasgando de aquí para allá las sombras que le rodeaban, y adiviné que iba a dejar caer un velo sobre otro velo, el pudor de una confesión. Esperé, pues, a que hablara.

Desde una vuelta, por entre los pinos que dormían col-

gados a la escarpa, tendió por un instante su mirada hacia los puntos imprecisos de allá abajo. Hizo aún un esfuerzo, y volviéndose hacia mí y pidiéndome con un gesto otro cigarrillo, comenzó:

—Tú no sabes nada... ¡Hace tiempo, hace tiempo de esto!

Mientras él acopiaba valor, yo, por darle valor y decisión, le susurré:

—¿Es una confidencia de amor, verdad?

—Sí —me contestó quedamente—; es una confesión de amor. Volvió a mirar hacia la ciudad, y agregó:—De amor, o de quién sabe qué...

Reaccionó de pronto y mirándome con fijeza, añadió:

—Tú eres inteligente y comprensivo; tú comprenderás... Tú sabes que yo no debo enamorarme... no debo enamorarme... Tú comprenderás... Yo mismo no sé cómo ha sucedido esto...

Le colgaban los brazos abandonados, y él, olvidándose de chupetear el cigarrillo que se le consumía entre los dedos, tornó a mirar por entre los árboles. Yo aguardaba, deseoso, el secreto de amor.

—Sí, hace tiempo —volvió él a enhebrar el hilo tembloroso del recuerdo—, la conocí un día, cualquier día. No tenía ella nada de sobresaliente. Conversábamos cada vez que nos encontrábamos; y era suave, algo tímida y efusiva a la vez, y agradable. Y nada más. Así me pareció a mí entonces. Su carita agraciada, y su andar, de una gracia indecisa, como la de los chiquillos, no conmovieron desde luego mis fibras prontas a toda oculta vibración. Le hablaba con confianza, libremente, como a una hermana menor, como a una amiga. Tú sabes cómo he sido yo de desconfiado siempre ante las mujeres, ante las mujeres que me han impresionado... Con ella no era desconfiado; con ella conversaba y reía con espon-

tánea libertad; hasta a veces le decía algunos chistes o alguna galantería sin pizca de intención. Ella, me escuchaba con agrado, al parecer; y yo, que pocas veces he sentido brotar desde mi interior esos flujos de espontaneidad, buscaba ahora gustoso y sin saber, su compañía. Y fuí conociéndola... Bueno; desde un principio vi que era sensible e inteligente; que a veces tenía ciertos arranques pesimistas y desganados que yo no podía comprender; que otras veces, acaso sin malicia, ponía en la conversación, como la espina de una rosa, la punta de una suave ironía que me pinchaba la epidermis; y otras cosas, a las que yo no les daba entonces mayor importancia. Pero después, poco a poco, fuí observando que tenía también ciertos atractivos físicos y cierta simpatía... Sí, cierta simpatía material e inmaterial... En fin, no quiero detallarte todas estas cosas, que entonces ni siquiera las advertía y que después han ido apareciendo como puntas de clavos en el reverso de mis recuerdos. Lo cierto es que al cabo de algún tiempo estaba enamorado de la niña. Verdaderamente enamorado. Luché al principio con mis sentimientos; me dejé aún llevar por un amorío pronto y agradable; quise marchitar a tiempo aquel sentimiento, que sentía se me estaba arraigando demasiado profundamente en la tierra estéril y anhelosa de mi corazón, con cualquier aparente sombra pasajera. Pero, no sirvo para mentir, ni para olvidar...

Calló un momento, herido de soslayo por el foco de un auto que reptaba hacia las cumbres de la noche. A contra luz, su figura que menguaba en las sombras, creció ante mí románticamente. Pero, ¿sería romanticismo, ese amor que Villemín me estaba contando? ¿No sería más bien un mero hábito sentimental, o el fruto de la cotidiana compañía y de la conversación, que la confianza hizo acaso íntimas? ¡O bien, esa misma «imposibilidad de enamorarse» que, según él, tenía mi amigo, pudo acaso llevarlo precisamente a ese extremo

amoroso? Dándole una larga chupada a su cigarro apagado, Villemín continuó:

—Sí, no pude ilusionarme en un amor pasajero; no había palabras donde no había sentimientos. Ni pude olvidar aquel sentimiento, que ahora me iba dejando también sin palabras; que volvía a aparecer en mí con más fuerza, cuando más quería ahogarlo, huirlo. Fué entonces un amor tremendo. Un torrente silencioso y avasallador, en el que me dejé hundir hasta ahogarme. Sí, era un amor que me ahogaba, que me ahogaba... Me torné silencioso. Me olvidé de mí mismo. Al solo pensamiento de encontrarla o de no encontrarla, el corazón me aleteaba adentro como queriéndoseme escapar. Ya no podía hablarla como antes la hablaba. A veces ni siquiera la hablaba... La miraba desde lejos, y me parecía que ella, que ella... ¡qué sé yo de dónde sacó de nuevo mi sensibilidad tantas cosas e imaginaciones, y esperanzas y desesperanzas! ¡Qué sé yo! Ahora la encontraba tan distinta de como antes. Ahora veía que era linda, linda... A veces estaba pálida y en su carita «agraciada», bajo la luz de sus ojos, había unas sombras azules, impalpables, que me parecían como un pálido ramo de violetas. Hasta los ojos, sus ojos oscuros, desde lejos, eran azules, azulados y grandes...

—¿No has notado —me dijo volviéndose hacia mí—, no has creído notar alguna vez en el rostro de la mujer que amas, una «sombrita luminosa» que baja de sus párpados y se tiende en la mejillas, y parece temblar si tú la miras? ¿No has notado una cosa «viva que...»?

Se calló de pronto Villemín, quizá al observar en mi rostro la esterilidad de mi expresión estupefacta. Quise no obstante agudizarme, decirle algo; pero él meneando la cabeza, continuó su confidencia:

—Sentía entonces unos celos terribles e imposibles; más terribles cuanto más encadenados, pues en su furor se morían a sí mismos. ¿Por qué suspiraría ella...? Eran unos sus-

piros continuos que salían de su pecho y se metían en el mío llenándolo de algo triste y sin nombre, estremeciéndome y llagándome el corazón. ¿Por qué suspiraría así, mientras los demás conversaban casquivanos? ¿Y por qué estaría tan pálida a veces y se extendía por sus mejillas esa sombra triste y azulada? ¡Ah!...

Dejó pasar aquí, Villemín, por sobre su corazón, algún tropel demasiado violento de recuerdos. Al fin me dijo, tropezando con un asiento solitario:

—Sentémonos aquí.

Nos sentamos en un banco de piedra, bajo un nostálgico quillay que cabeceaba al borde de la carretera, y miramos en silencio hacia la ciudad. Es decir, Villemín miraba hacia la ciudad, salpicada de luz lechosa, siempre en la misma dirección, y yo miraba a Villemín. Nunca me hubiese imaginado que, bajo la apariencia algo fría y casi huraña de mi viejo amigo se agitase quizá desde hacía cuánto tiempo, una tempestad de tamañas consecuencias. Cuando, algunos días antes, le había visto nervioso y abatido, creí que motivos familiares o económicos afectaban su sensibilidad, y hasta temí, lo confieso, que se estuviese volviendo loco. Pero ¿no podía estar ahora también con el juicio algo trastornado?

Sacó Villemín, de no sé dónde, cigarrillos; me ofreció uno y continuó, con la misma voz ensimismada:

—Estuve loco; loco... de amor, como a los veinte años... Quiero aquí de nuevo abreviarte detalles de este amor que me hacía sufrir y gozar con mi sufrimiento, y disimular el asco cotidiano de la vida. Lo sufrí silenciosamente, por mí, y sobre todo, por ella. Ella, al fin, adivinó mi pasión; era lo inevitable, siendo mujer. Y mujer inteligente y sensible, como te he dicho, aunque no sintiera mis sentimientos. Pero yo me habría muerto de vergüenza si alguien hubiese sospechado todo mi cariño, mi inverosímil y tremendo cariño, capaz de todo y de nada. Me resigné a quererla en

silencio, a cultivar ese amor, en silencio. ¿A qué más? ¡Ya estoy harto, amigo, de amores de este mundo! Yo quería quererla solamente... quererla, con un amor de otra esfera. Pero las mujeres... ¡ah, aun la más virginal, es una azucena de fuego! Y el destino, amigo Rosamel, juega con las cosas, sobre todo con los corazones, que son a veces las cosas más delicadas... ¿Cómo vivir y sufrir un día y otro día un amor así, platónicamente? No soy materialista, tú lo sabes: pero... pero, ¿a qué meter aquí filosofías...? Bien; yo quería decirte solamente que todo tiende a manifestarse, a manifestar su existencia, su realidad, su calidad... (perdóname que hable así) y al fin, no sé cómo, quise expresar y darle forma a mi cariño; quise hacerle... un regalo; me atreví hacerle un regalo, un regalo delicado, amigo mío, que no hiriese ni como un soplo su delicadeza. Le hice, pues, como pude, imaginando, sacrificándome ¡qué sé yo! un regalo...

Aquí se detuvo nuevamente e inclinó la cabeza. Yo recogí en mi silencio esa muerta pesadumbre, mas le alenté en seguida:

—¿Un regalo? ¿Le hiciste un regalo delicado? Pero si es lo más natural... ¡Tú habrás sabido hacerlo!

Cerró los ojos, de los que se le derramaban los recuerdos.

—Sí—continuó a media voz—; le hice, con suma delicadeza, un regalo. No te diré qué cosa fué, ni tú, querido amigo, me pedirás que te lo diga. Un regalo que no valía nada y que valía mucho, que podía valer mucho... Ella lo recibió complacida, quizá halagada; pues comprendería quien sabe todo el inmenso sentimiento que en él había concentrado. Aceptó el regalo con la sonrisa muda y bondadosa con que una Virgen acepta un ramo de flores para su altar. ¡Ah, qué felicidad el haberle podido regalar algo! Pero, al aceptar ella mi regalo, yo sentí como si hubiese aceptado algo de mí mismo, algo de mi amor, algo «a mí mismo»... En vano traté de darme cuenta de que, lo que aceptó fué mi delicadeza y mi

amistad; a lo más, la manifestación fina de mis sentimientos. Al fin y al cabo era mujer, ¿y qué mujer, sea la más pura, sea la más inteligente o la más hermosa, es incapaz de no apreciar lo que hay de fervorosa devoción en una santa cruz de marfil, por ejemplo, o en un verso, o en una rosa que se les sabe ofrecer? ¿O siquiera en el solo sentimiento? ¿Qué mujer que tenga corazón?

Yo escuchaba embebecido esta canción viva con que mi amigo Villemín me estaba contando y cantando su pasión. Ni oía la suave canción de los grillos entre las teatinas del barranco, ni el fulgurar lechoso de las luces acá abajo, ni el fulgurar diamantino de las estrellas, allá arriba. Ni siquiera veía a mi amigo; le escuchaba solamente. Y escuchándole, pensaba en ella, en esa joven que yo no conocía y que así tan cautamente le había robado el corazón a mi incauto amigo Villemín. ¿Quién sería esa mujer. .?

—Pero a mí, como te digo—volvió a salmodiar como en un *De profundis* el pobre Villemín—, ese regalo que yo le hice me quitó a mí mismo para siempre la tranquilidad, y todo. Fué mi perdición. Perdí el sueño—¡hacía tiempo que ya lo había perdido!—y no obstante vivía como un sonámbulo. Algunas veces pasaba al lado de ella y no la veía, porque la estaba viendo siempre, y su propia imagen, que yo a toda hora quería idealizar desesperadamente, me tapaba, como una venda incansable, su presencia real... (Aquí tienes motivos, amigo Rosamel, para tus clases de patología psicológica...) Bien; lo que viene, no lo recuerdo, yo lo sentía solamente, y durante todo ese período no supe nada, ni pensaba ni me daba siquiera cuenta de mis actos. Sentía solamente; «la sentía» a ella; no podía hacer otra cosa... ¿no lo crees?

Yo callé, sin contradecirle; y él también calló por un momento. Parecía mirar en las sombras unos ojos que le miraban... parecía escuchar quizá unos suspiros pálidos, dentro de sus propios recuerdos. Sí, era tremendo ese amor que se le

metía por la lengua, que le laceraba las palabras... ¿Qué filtro lento e insidioso había derretido esa mujer en el corazón de mi amigo? Hubiese querido preguntarle algo de ella; pero... pero...

El continuó:

—Tanto sería mi descontrolamiento que, supongo, habré hecho en ese tiempo quizá qué locuras. Quizá qué tonterías... El que está enamorado no puede ser una persona inteligente, ¿no te parece así, señor profesor? Recuerdo, o mejor, deduzco únicamente que nunca le pedí nada, ni en palabras ni en cartas. Lo que quería era poder quererla solamente; quererla sin esperar nada. Pero... Lo cierto es que ella fué cambiando; noté, a pesar de la función exclusiva de mi amor, que a ninguna otra cosa atinaba, y quizá por eso mismo, que ella cambiaba, rehuía mi compañía y mi antigua amistad. Sentía que su amistad ya no era para mí amistad y que su confianza se tornaba en desconfianza y su misma simpatía en menosprecio. Sí, menosprecio... Y mi amor se exasperó. ¡Lo que no hice antes, cuando tal vez pude hacerlo, lo quise hacer después, cuando vi, precisamente que ya no había remedio! Me puse tonto, pues, y majadero, ¡lo que siempre he tratado de no ser! y ridículo...

Esquivó, al decir esto, sus ojos, de mis ojos, y su cara se alargó hacia su pecho. Había en ella tal congoja contradictoria, que yo también —¡pobre amigo!—sin querer, sin pensar, lo encontré ridículo. No obstante, le dí valor:

—¡No seas tonto, Villemín! ¡Tú!...

—Bueno—contestó él sin mirarme—; fué entonces cuando sucedió «eso»: me humilló. Me humilló—¿te das cuenta de lo que es ser humillado por la mujer que se quiere?—Me humilló... me dijo lo que no se le puede decir a un hombre como yo. ¡A un pobre hombre como yo, con toda su pobre sensibilidad a flor de piel! Perdí la cabeza... perdí ahora la cabeza, como un pobre muchacho de veinte años; y el despecho y el

orgullo y todos los furoros de Otelo se me clavaron a la vez, no sólo en el corazón, sino también en la razón... ¡Ah, y yo le había hecho un regalo!; yo le había hecho «ese regalo» con lo mejor de mi corazón, con la seda de mis sentimientos, con el oro puro de mis altos pensamientos, ¡ah! ¡Ay, mi amigo, ni siquiera puedo hablar claramente!...

¡A mi fe, yo había perdido la noción de tiempo, y de todo, escuchándole, y él quería hablar más claramente! ¿Para qué? ¿Qué valor podrían tener las cosas que...?

—¡Vamos, sigue, sigue—le pedí golosamente, sin darme cuenta yo mismo, ahora, de mis palabras.

Continuó Villemín:

—En mi humillación, me humillaba más aun esta idea, y juré quitarle de sus ojos ese regalo, resolví robárselo de sus ojos. Y se lo robé. Ahí lo tuve conmigo; pero su vista exaltaba de nuevo mis viejos sentimientos, exasperaba mis resentimientos y mi despecho, y quise entonces destruirlo, borrar la huella de mi debilidad, las propias huellas de mi corazón. Pero, ¿destruir ese regalo, destruir esa parte de mí mismo, Señor? No sé cómo evolucionó, o mejor, como se ofuscó y se despeñó mi razón, que no lo destruí, ni lo conservé amorosamente, inútilmente, como símbolo de una inútil pasión, sino que... ¡no me vas a creer! lo vendí, lo vendí miserablemente, lo vendí... ¿oyes?

Era trágico y vulgar lo que mi amigo Villemín me estaba diciendo; pero yo mismo seguía con un ímpetu de descarrío ese proceso imposible e inevitable de sus actos. ¿Y acaso no era una consecuencia lógica y natural? ¿No fué ése un final que desvió, posiblemente, otro final más ilógico y antinatural? ¿Quizá el suicidio?... Siquiera este final podría tener una reacción, un...

—Ahora viene otra vez lo ridículo, lo humano. Me arrepentí: después me arrepentí... creí haberme arrepentido de mi robo, del daño material, como se diría, que le había ocasionado. S.

sólo del daño material, del robo. En mi empecinamiento, no quería ver otra cosa; no quería tocar las cenizas ardientes que mi despecho ocultaba, y sin pensar, como siempre... —¡Ah, esto si que no podrás creerlo!—sin...

Parecía que él mismo no creía lo que iba a decirme. Con los ojos fijos de nuevo en no sé dónde, extendió de pronto el brazo y me dijo con voz cortante y seca, mostrándome hacia algún mismo punto impreciso y correlativo; hacia ese punto que miraba con tanta obstinación:

—Mira, allá vive ella, ¿ves? Allí... Por eso yo he venido todas las noches hasta aquí. Por eso te he traído ahora... Allí...

Se paró, y me dijo aún: —Allí, acá, en esa luz, ¿ves?...

Yo no veía nada, no podía precisar esa luz, y me quedé en silencio, por decirle que sí. En realidad, lo que estaba viendo era que bien podía hacer algunas apreciables anotaciones, como mi mismo amigo me lo observó, para mi clase de patología erótico-psicológica. Pero... ¿de qué me estaba hablando Villemín?

—¡Ah!—exclamó de pronto—¿cómo fuí a hacer eso? ¿Cómo fuí a cometer esa torpe grosería? Admírate, pues: ¿sabes qué hice, al fin? Pues le envié el dinero, le mandé el producto villano de mi robo, el fruto vil, al cabo, del regalo. ¿Es eso posible?

Yo, en verdad, conociendo como conocía a mi amigo, incapaz de una torpeza semejante, no creía, no hubiese querido creer que tal cosa fuese posible. Pero, ¿y la patología?... ¿Y las desesperadas reacciones patológicas?...

—Fué posible—continuó él.—Fué posible... ¡tan posible como ella misma, indignada, me contestó con... otra grosería! Con una tonta grosería, que es sólo grosería. ¡Sin remedio ni explicación! Nada más te diré... pero esta es la espina, esta es la verdadera traición, mi amigo Rosamel—me dijo mirándome serenamente, Villemín.—Esto es lo más terrible: su doble

traición, pues se ha traicionado a sí misma. quebró para siempre la cristalina imagen que yo me había formado de ella, y que hubiese querido guardar para siempre. La rompió, se mató a sí misma... Pero siempre la quiero, ¡ja! ¡ja!... la quiero así, hecha pedazos, la quiero—¿qué le voy a hacer?— pero... ¿no ves que esto es lo tremendo, lo fatal, amigo mío? una cosa hecha pedazos se sigue deshaciendo sola; y yo, que no debí nunca haberme enamorado así, que ya no me enamoraré jamás, no podré guardar eternamente, como dicen los infelices poetas, este bello amor que mi corazón me había dado... ¡Ah!...

Hacía rato, acaso, que mi amigo Villemín había dejado de hablar, y yo, al cabo, apuré maquinalmente el resto de mi vaso. Me quedé mirando, por la puerta abierta del saloncito, las luces que, unas tras otras, iban subiendo a intervalos allá, por la línea diagonal de la noche. Me dí cuenta entonces, de pronto, de que ya no estábamos en el cerro; de que, sin saber cómo, yo estaba ahora ahí, en ese limpio saloncito, mirando por sobre el hombro de mi amigo hacia el cerro, precisamente... ¿Sin saber cómo? Villemín, acaso también sin darse cuenta de nada, miraba en esos momentos, obstinadamente, hacia un punto impreciso que las sombras acercaban a sus pupilas...